**El Rostro Púrpura De Un Niño**

 Joan no sabía bien que lo había llevado hasta allí de nuevo.

 Nunca lo sabía.

 Pero el castillo se elevaba, con sus campanas y sus ventanas y sus rumores, y Joan no tenía más remedio que entrar.

 Por suerte, lo acompañaba el Capitán.

 El Capitán era su único amigo, y lo seguía a donde fuera. Era un hombre callado, que solo en ocasiones se dignaba a responder preguntas, cuyo estoicismo y calma siempre sorprendían al niño. Esta vez, decidieron meterse en una cueva.

 Joan vio a varios de los monstruos, reír, desde su pupitre. Reían, y reían, ¡como reían! Y a él le hubiera gustado reír, pero era imposible.

 La alarma del castillo resonó.

 Joan y el Capitán caminaron por la calle, en silencio.

 -Pronto.- le dijo el hombre sin verlo.

 En otra cueva, todavía peor que el castillo, una bestia murmuraba agazapada. Lloraba, lloraba sin desconsuelo.

 Joan quiso ayudarla, pero la bestia le gruñó.

 -¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

 Tenía voz de mujer.

 Y allá, en el horizonte, una silueta se alejaba constantemente, pero nunca desaparecía del todo.

 Joan no sabía que pensar de esa silueta. Pero cuando el Capitán la veía, se enfurecía, o asi lo notaba él en la línea seca de su boca, como se apretaba. Se enfurecía, y decía:

 -Pronto. Escucharán.

 Joan atravesaba campos de crayones, caminos carmesí de difusas nubes, rastros como el petróleo que se hundían para no florecer. Cuando estaba en ese sitio, no había monstruo alguno que lo distrajese, así que Joan se sentía libre, y por ende, el Capitán también, y cuando el Capitán se sentía libre se permitía hablar, mucho más de lo normal.

 -Pronto, pronto, pronto. Escucharán, claro que escucharán.

 Y más trazos se elevaban.

 Un día el Capitán le mostró un pequeño animal, que chillaba.

 Joan recordó las risas de los monstruos, y lo tomó con dedos hambrientos.

 El Capitán parecía hacerse cada vez más grande. Sus manos eran gigantescas, con dedos como garfios, tenía un hocico que se adelantaba como el de un dinosaurio, sus ojos eran lechosos y lívidos de rabia. Unos colmillos horripilantes hacían de prisión a una lengua bífida, su postura encorvada, la agresión implícita de toda su estructura al acompañarlo a todos lados.

 Joan no sabía si el Capitán había sido siempre asi o no.

 -Que escuchen- le decía- Que escuchen. Van a *escuchar*.

 Y Joan repetía.

 -Van a escuchar.

 Pero los monstruos reían.

 Un día cualquiera, Joan estiró manos hambrientas hacia todos los monstruos. Manos grandes, como garfios.

 Muchos lloraron.

 *Por David Keyser*